

S E R I E 2 0 2 6



LA INCLUSIÓN QUE TRANSFORMA

La inclusión que transforma
"Cuando la gracia cruza fronteras, nadie queda fuera"
Copyright © 2026

Solicitud de información:
Primera Iglesia Evangélica bautista de Santiago
Compañía de Jesús 1730, Santiago de Chile

Creación y Redacción: Pr. Andrés Santibáñez O.
Diseño y Diagramación: Matías Campos J.
Desarrollo editorial de la Primera Iglesia Evangélica Bautista de Santiago.

Todas las citas bíblicas de esta versión, salvo indicación contraria, proceden de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® (NVI®). Copyright © 1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Usado con autorización de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio (eléctrico, fotocopia mecánica, grabación o cualquier otro), salvo una breve cita en reseñas impresas, sin la autorización previa del editor y el autor.

www.piebs.cl



*Ahora comprendo que en realidad para Dios
no hay favoritismos, sino que en toda nación él
ve con agrado a los que le temen y actúan con
justicia.*

Hechos 10:34-35 NVI

CAPÍTULO IV

CUANDO LA GRACIA CRUZA FRONTERAS, NADIE QUEDA FUERA



En Hechos 9:1-31 hasta 12:1-25 (NVI) el relato de Lucas da un giro que cambia para siempre el rostro de esta Iglesia. Lo que había comenzado como un movimiento exclusivamente judío ahora cruza fronteras étnicas, culturales y teológicas que nadie imaginaba. El perseguidor se convierte en apóstol. El gentil devoto recibe al Espíritu. Los refugiados fundan la comunidad más innovadora del primer siglo. Y el poder político que intenta destruir a la Iglesia termina destruyéndose a sí mismo.

El resumen anterior cerró con la Iglesia dispersa y un eunuco bautizado en el desierto. Ahora Lucas cierra el foco de la cámara en Saulo de Tarso. El mismo joven que cuidaba las ropas de quienes apedrearon a Esteban hasta la muerte. Saulo no estaba buscando a Dios. Iba camino a Damasco con cartas para arrestar cristianos. Pero una luz lo derriba y una voz lo confronta:

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”

Hechos 9:4 - NVI

Jesús no le dice: ¿por qué persigues a mi Iglesia? Le dice: ¿por qué me persigues? Saulo queda ciego. Tres días sin ver, sin comer, sin beber. Y en esa oscuridad, Dios envía a Ananías, un discípulo común, para que le imponga las manos. Ananías tiene miedo. Sabe quién es Saulo. Pero obedece. El perseguidor es restaurado, se bautiza, y comienza a predicar que Jesús es el Hijo de Dios. La

gracia transformó al enemigo más peligroso de la Iglesia en su misionero más influyente.

Mientras Saulo crecía en Damasco, Pedro seguía en movimiento. En Lida sanó a Eneas, un paralítico que llevaba ocho años postrado: “Eneas, Jesucristo te sana. Levántate” (Hechos 9:34 - NVI). En Jope, Tabita, la única mujer llamada discípula en todo el Nuevo Testamento, había muerto. Pedro oró, y ella regresó a la vida. Los milagros en Hechos no existían para impresionar. Existían para orientar comunidades enteras hacia Dios.

Lucas añade un detalle que parece logístico, pero es teología pura. Pedro se quedó en Jope, en casa de un curtidor. Los curtidores eran permanentemente impuros según Levítico. Pedro ya estaba saliendo de su zona de pureza antes de la visión. Y Jope era el mismo puerto desde donde el profeta Jonás huyó cuando Dios le pidió ir a los de afuera. Pedro va a recibir el mismo llamado. La diferencia ahora está en la respuesta.

Mientras Pedro estaba en esa azotea, en Cesarea un centurión romano llamado Cornelio estaba orando. Devoto, temeroso de Dios, generoso. Un hombre que nunca tuvo las credenciales que el sistema religioso reconocía, pero cuya vida estaba orientada hacia Dios. Y a ese hombre, sin bautismo ni confesión formal, Dios le envió un ángel. Al hombre que estaba afuera. Dios ya estaba en la vida de Cornelio antes de que la Iglesia institucional llegara.

Pedro tiene una visión. Una sábana desciende del cielo con animales limpios e inmundos juntos. Una voz

le ordena comer. Pedro se resiste: “¡De ninguna manera, Señor! Jamás he comido nada impuro o inmundo” (Hechos 10:14 - NVI). No estaba siendo rebelde. Estaba siendo coherente con décadas de formación religiosa. Esta no es la historia de alguien malo que aprende a ser bueno. Es la historia de alguien profundamente fiel que descubre que su fidelidad se había convertido en un muro. Tres veces la visión. Tres veces la respuesta:

“Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames impuro”

Hechos 10:15 - NVI

Pedro bajó las escaleras. Sin haber resuelto toda su teología. Fue a Cesarea, entró en la casa de un gentil y dijo: “Dios me ha hecho ver que a nadie debo llamar impuro o inmundo” (Hechos 10:28 - NVI). Mientras predicaba, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban. Los creyentes judíos quedaron asombrados. Pedro no tuvo opción: “¿Acaso puede alguien negar el agua para que sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros? (Hechos 10:47 - NVI). La obediencia antecedió a la comprensión.

En Jerusalén, Pedro defendió lo sucedido ante los creyentes que lo cuestionaban. No argumentó desde la teología. Narró la acción del Espíritu. La respuesta fue asombrosa: “¡Así que también a los no judíos ha concedido Dios el arrepentimiento para vida!” (Hechos 11:18 - NVI). Dios estaba redefiniendo los límites históricos de su pueblo.

Los creyentes dispersos habían llegado hasta

Antioquía, la tercera ciudad del Imperio. Eran refugiados sin nombre, sin cargo, sin plan. Pero lo que llevaban no cabía adentro. Predicaron a Jesús como Señor, no solo a judíos, sino también a griegos. Y la mano del Señor estaba con ellos. Un gran número creyó. No fueron los apóstoles quienes fundaron Antioquía. Fueron anónimos que no pudieron callar lo que habían recibido.

Jerusalén envió a Bernabé. Llegó y vio la gracia de Dios. Se alegró y animó a todos a permanecer fieles al Señor. Buscó a Saulo en Tarso y juntos enseñaron durante un año. Fue allí donde a los discípulos se les llamó “cristianos” por primera vez (Hechos 11:26 - NVI). La ciudad no escogió esa palabra por accidente. La tuvo que inventar porque necesitaba nombrar lo que veían. Gente que se parecía a Cristo.

La prueba de fuego llegó cuando una profecía anunció hambre en Judea. La misma Judea que los había perseguido. La lógica humana decía: el problema es de ellos. Pero Antioquía abrió la mano. Cada discípulo dio según sus recursos. La Iglesia periférica envió ayuda a la Iglesia madre.

Pero el relato no termina en celebración. Hechos 12, abre con Herodes Agripa lanzando una nueva persecución. Manda ejecutar a Jacobo, hermano de Juan, con espada. Es el primer apóstol martirizado. Lucas lo registra en una sola línea, sin discurso final. La brevedad duele. Luego arresta a Pedro con intención de ejecutarlo. La Iglesia hace lo único que sabe hacer cuando todo se derrumba: orar.

“Pero mientras mantenían a Pedro en la cárcel, la iglesia oraba constante y fervientemente a Dios por él”.

Hechos 12:5 - NVI

La noche antes de la ejecución, Pedro duerme encadenado entre dos soldados. Un ángel lo despierta, las cadenas caen, las puertas se abren. Camina libre hasta la casa donde la comunidad ora por él. Cuando Rode reconoce su voz, corre para avisarles, pero no le abre. Le dicen que está loca. La Iglesia ora por su liberación, y cuando Dios responde, no lo puede creer.

Herodes recibe el destino opuesto. En Cesarea, vestido con ropas reales, acepta la adoración de la multitud que le grita. Un ángel lo hiere porque no le dio la gloria a Dios (Hechos 12:23 - NVI) Lucas cierra el capítulo con un veredicto: *“Mientras tanto, la palabra del Señor seguía extendiéndose y multiplicándose”* (Hechos 12:24 - NVI).

¿Qué nos revela esta sección? Que nadie está fuera del alcance de la gracia. Que Dios se mueve antes de que la Iglesia llegue. Que la obediencia fiel muchas veces antecede a la comprensión teológica. ¿Estamos dispuestos a que Dios redibuje los límites de lo que consideramos nuestro pueblo?

1. Saulo estaba convencido de que servía a Dios mientras perseguía a la Iglesia. ¿Hay convicciones en mi vida que considero innegociables pero que podrían estar funcionando como muros contra la gracia?

2. Ananías obedeció a Dios a pesar de su miedo legítimo. ¿Hay algún paso de obediencia que el Espíritu me está pidiendo y que sigo postergando porque el riesgo me parece demasiado alto?

3. Pedro descubrió que su fidelidad a la tradición se había convertido en un obstáculo para la misión de Dios. ¿A quién he excluido de la gracia creyendo tener razones teológicas correctas?

4. Los anónimos de Antioquía predicaron sin cargo, sin plan y sin respaldo institucional. ¿Mi testimonio de Cristo depende de tener las condiciones ideales, o estoy dispuesto a hablar incluso desde la precariedad?

5. Antioquía envió ayuda a la misma Judea que los había perseguido. ¿Mi fe produce generosidad incluso hacia quienes me han herido?

Conclusión

Hechos 9:1-12:25 narra la transformación más profunda de la Iglesia primitiva. El descubrimiento de que la gracia de Dios no tiene las fronteras que la religión le asignó. Un perseguidor es convertido en apóstol. Un centurión romano recibe al Espíritu antes de recibir una lección de teología. Una ciudad pagana produce la comunidad que inventa la palabra cristiano.

El patrón de Lucas es consistente. El Espíritu precede a la institución. En Pentecostés, en Samaria, en Cornelio, en Antioquía, Dios actuó primero. La Iglesia lo confirmó después. No es Espíritu contra institución. Es Espíritu que forma un pueblo más amplio de lo que la institución imaginaba.

Herodes intentó destruir lo que Dios construía. Mató a un apóstol. Encarceló a otro. Pero la oración de la Iglesia resultó más poderosa que las cadenas de Roma. Pedro salió libre. Herodes murió. La Palabra siguió avanzando.

Lo que viene será la consecuencia natural de todo lo narrado. Desde Antioquía, Bernabé y Saulo serán

enviados en el primer viaje misionero. El evangelio cruzará el mar hacia territorios que ningún discípulo de Jerusalén habría imaginado.

La historia no ha terminado. El mismo Espíritu que derribó a Saulo en el camino, que abrió el cielo para Pedro en la azotea y que llenó de poder a los anónimos de Antioquía sigue moviéndose. La pregunta ya no es si la gracia puede cruzar fronteras. La pregunta es si estamos dispuestos a cruzarlas con ella.





piebs